

ACERCA DEL CONCEPTO DE LAS HUMANIDADES

En este siglo —siglo de las confusiones— en que vivimos, en el que la claridad es planta exótica, y la precisión semántica signo seguro de anacronismo, intentar una definición de cualquier concepto es empresa casi tan temeraria como empeñarse en alcanzar la cuadratura del círculo. Vivimos en el reino de la polisemia. Los conceptos unívocos son casi inexistentes. Como es de suponer, a tan enrarecida atmósfera no podía escapar el concepto de las humanidades, hoy profuso y difuso, irreductible casi a definición satisfactoria. En efecto, desde su versión latina original hasta nuestros días se han producido de ellas tantas variantes y deformaciones, se las ha manipulado tan tendenciosamente, que su naturaleza real se nos tornó inasible, y es hoy apenas trasunto fantasmal.

Por ello, no seré yo quien presuma, con torpe vanidad, intentar su definición, su fijación conceptual. Así, voy a limitar mi desempeño a tratar de “situarlas”, de establecer su “situación actual”, vista obviamente contra el trasfondo de su proceso histórico. Pienso que tal proceder habrá de ayudarnos ciertamente a comprender los varios sentidos con que han sido empleadas; de paso, es posible, asimismo, que queden develadas algunas de las razones que condujeron a su formación.

A tal propósito, indispensable resulta comenzar por una precisión a fin de establecer la relación existente entre humanidades y humanismo, o, lo que es lo mismo, el carácter instrumental que las primeras guardan en relación con el segundo.

Y, en efecto, las primeras humanidades —las inventadas por los romanos— configuraban un conjunto de materias concebidas por ellos como vehículos o instrumentos de aproximación al ideal de humanismo, al luminoso mundo espiritual creado por los griegos, consistente en el cultivo integral de la *humanitas*, es decir, lo que distingue al *homo humanus* del *homo barbarus*.

Dos centros de prioritaria atención tuvo el orbe cultural de los griegos: la naturaleza del hombre y la posición del hombre en la naturaleza y la sociedad. La ciencia, incipiente, buscaba desentrañar las leyes que regulan la inmensa relojería del universo, mas sin alardes presuntuosos, como al presente, de llegar hasta su manipulación. La prioridad mayor era el hombre, con una meta moral: la de enseñarlo a dominarse a sí mismo. A él, a su servicio, sin excluir la ciencia o la filosofía, estaba todo subordinado.

Ahora bien, la historia, como no es estática, continuó su marcha. Y ocurrió lo que tenía que ocurrir: cada época fue conquistando

nuevas provincias del conocimiento, aportando nuevos enfoques del hombre y su historia, todo lo cual fue determinando los matices y cambios de nuevos humanismos.

Aquí cabría anotar, como evolución posterior fundamental, que desde muy temprano, el término humanidades fue perdiendo cada vez más fuerza como referencia al estudio de las lenguas y letras clásicas, y se afirmó, en cambio, como vocablo para designar el cultivo del mundo interior del hombre. Surgió, entonces, la expresión de *ciencias humanas*, con la cual también se las nombra, para diferenciarlas de las *ciencias naturales*, las que estudian la naturaleza, o sea, el mundo exterior al hombre.

En un espléndido seminario sobre el tema de las Humanidades organizado, hace dos años, por la Universidad de Petrópolis tracé el esquema de los humanismos creados por las diversas edades históricas. Recordaré someramente los principales planteamientos hechos entonces.

Del Medioevo anoté cómo configuró su humanismo perfeccionando las culturas clásicas, por así decirlo, con el nuevo concepto que del hombre instauró el Cristianismo, enmarcado por un orden sobrenatural y el orden de la gracia.

Siglos después, el humanismo del Renacimiento aporta cambios trascendentales. Con él se renueva y se revaloriza el dominio de las lenguas y letras clásicas a tal extremo que se tiene por bárbaros a quienes carecen de su dominio. Y se inicia, por otra parte, un humanismo radical, antropocéntrico e inmanente, calificable así, ya que “prescinde de toda trascendencia, al erigir como valor absoluto al hombre”, aunque tardará hasta la época moderna para alcanzar su pleno desarrollo.

No mucho más tarde hace su aparición un fenómeno de reacción contra el humanismo renacentista: el llamado “antihumanismo luterano”. Antihumanismo en sentido profundo — dice Aranguren — porque “rebaja la naturaleza humana, niega las virtudes naturales y el orden entero de la moralidad”, y hace que “la salvación penda exclusivamente de una gracia que se superpone a la naturaleza quedando extrínsecamente a ella, sin penetrar en ella. Antihumanismo también en el sentido de anticlasicismo, porque al negar la posibilidad de articulación de la naturaleza y la gracia, todo lo meramente ‘natural’, todo lo ‘pagano’, es automáticamente desvalorizado, llámese Platón, Aristóteles, letras o pensamientos clásicos y también el modelo de vida que el ‘clasicismo’ y las ‘humanidades’ representan”.

Momento clave en el devenir del humanismo lo constituyó la controversia de los *antiguos* y los *modernos*, que disocia los dos ingredientes señalados como constitutivos del humanismo. Se piensa entonces que se puede ser humanista en profundidad, por fe en la *humanitas* y en su dignidad, sin tener que aceptar el modelo “clásico”

del humanismo, demasiado cerrado e idealizante de un pasado que aparece estático. Esta actitud va a determinar en adelante dos grandes corrientes de humanismo: la de un *humanismo del pasado*, clasicista, conservador, que piensa que “el hombre ya dio de sí cuanto podía dar”, por manera que lo que debemos hacer es imitar a la perfección ese pasado. Jaspers lo ha denominado “humanismo de las gentes de letras que viven fuera de toda decisión o, más bien, que se han decidido contra la seriedad, a favor de la riqueza calidoscópica de un puro juego espiritual”. La otra corriente, es la de un *humanismo del futuro*, anticlassicista, progresista, que piensa que “la culminación de lo humano podrá cumplirse en el porvenir, tal vez como una tarea ilimitada, infinita”. En esta corriente se inscriben varios humanismos: 1) el humanismo democrático progresista, que no requiere mayores explicaciones. 2) El humanismo marxista, proyectado sobre el porvenir, y signado por la violencia, ya que al considerarla como inseparable de la condición humana y raíz de todo tipo de regímenes, la acepta y utiliza contra la violencia instituida en la lucha por alcanzar sus ideales. En ello hay un supuesto: el de que toda voluntad de no-violencia no es, en realidad y desde el punto de vista político, más que complicidad con la violencia instituida. Frente a la posición marxista, Karl Jaspers, quien rechaza cualquier forma de esclavitud o terrorismo, propone al hombre contemporáneo la siguiente disyuntiva: “O se elige la estabilidad aparente, terrorista, que hace durar como sea, caóticamente, una esclavitud inmutable, o bien se emprende la vía de las reformas profundas, por la que siempre es posible caminar hacia la libertad”. 3) Una tercera posición es la que asume el humanismo existencialista, pesimista, al contrario de los otros, que son optimistas, para el cual “el humanismo no es un punto de partida sino de llegada, precisamente porque no hay, según él, una ‘esencia’ del hombre sino que ésta es conquistada por cada cual a través de su ‘existencia’ concreta”. Esto implica, de una parte, la abolición de todo arquetipo, y, de otra, una aceptación plena del hombre, con toda su posible grandeza o miseria. Es, pues, un humanismo sin Dios ni dioses, en el cual culmina la tendencia inmanente y antropocéntrica iniciada por el Renacimiento.

Esa cerrada limitación antropocéntrica es, justamente, la que, desde su esencia, supera el llamado humanismo cristiano, un humanismo enraizado en el reconocimiento de lo que trasciende el ámbito de lo humano, y, por lo mismo, irreductible casi al alineamiento con los demás humanismos. Para subrayar su insular posición se lo ha llamado “Humanismo de Dios”, habida cuenta, como se ha señalado, de que “el cristianismo es demasiado grande para ser reducido a adjetivo”.

La naturaleza de lo que debería ser un “Humanismo del futuro” es hoy motivo de las más encendidas controversias.

Pienso que, del esbozo histórico que acabamos de delinear, es posible extraer alguna luz con que esclarecer la confusa situación conceptual que hoy prevalece acerca de las humanidades, en el sentido de que esa confusión podría, en buena parte, atribuirse a la convivencia, en la común opinión, de diversas concepciones tenidas de ellas —las humanidades como el estudio de las lenguas y culturas antiguas; las humanidades como sinónimo del saber universal del hombre renacentista; o como adorno erudito del hombre supuestamente culto—, comprensibles todas por haber existido, pero definitivamente superadas por otras de más reciente cuño.

Ahora bien: provistos ya con esta panorámica perspectiva de los pasados humanismos, insoslayable, se nos impone la siguiente pregunta: ¿cómo tendrían que ser unas humanidades actualizadas en su concordancia con las vivencias del hombre actual, encauzadas, con pertinencia, al alcance de las aspiraciones de un humanismo de nuestro tiempo?

Grato sería poseer la respuesta a tan ponderoso interrogante. Empero, voy a exponer a continuación algunas reflexiones que confío puedan ser útiles.

De esas humanidades destacaría, primeramente, la voluntad que debería animarlas por aceptar, con sus tensiones y diversas directrices, los varios humanismos que las precedieron, al reconocer que, aunque contradictorios muchas veces, esos humanismos han sido la base y levadura para el crecimiento intelectual del hombre. Absurdo sería imaginar un humanismo del futuro que prescindiera de herencia tan vasta y enriquecedora.

En segundo lugar, habría que decir de esas humanidades que no deberían ser concebidas como una panacea que permita al hombre reconciliarse consigo mismo y con los demás, ni esperar que sean ellas seguro remedio para que con su influjo desaparezcan todos los males espirituales que lo aquejan. Y —por razones muy claras, establecidas desde hace ya tiempo— no pueden ser un remedio, porque no constituyen una doctrina del hombre; porque son como se las ha definido, “una voluntad de ampliación”, “un estado de espíritu y un método”, “una idea en marcha”. Así, y casi tozudamente, hay por ello que repetir que las humanidades no son otra cosa que caminos tendidos hacia un ideal continuamente renovado, el humanismo, que “no es nunca un circuito cerrado”, centrado como está en el hombre, el cual como lo subraya Jaspers, “es más de lo que puede conocer de sí como objeto”; porque en él hay “un fondo invisible que es la libertad, la fuente siempre operante de nuestra actividad; porque el hombre nunca está acabado sino abierto siempre al porvenir”. Y aquí digamos, de paso, que esta misma concepción de lo humano llevó a Jaspers a alertarnos acerca de los peligros de confundir humanismo con lo de-

signado por él como *hominismo*, el cual se distingue por imaginar al hombre "como un ser natural, plenamente conocible y definible mediante los métodos objetivos de la ciencia", una concepción de lo humano bien distinta de la del humanismo, para el cual el hombre es un ser "dado a sí mismo como libertad en su relación con la trascendencia", con una imagen del hombre nunca cerrada, terminada, como atrás dijimos, sino "indicadora de sus posibilidades más lejanas y todavía informes".

Tampoco es aceptable la formulación que de las humanidades hacen sus fariseos, es decir, los que simplemente viven o medran de ellas, los cuales, a efecto de "vender" su mercadería, las presentan como infalibles filtros para garantizar toda suerte de anhelos. Entre otros, han sido mencionados los siguientes: para la preservación de la democracia; para el estímulo de la creatividad; para la comprensión del propio ser; como fundamento de la paz mundial, etc. No; las humanidades no son productos curativos o preventivos de males específicos.

Si tal es el caso, cabe entonces preguntarse: ¿Qué funciones se podrían atribuir a las humanidades? ¿Qué puede el hombre legítimamente esperar de ellas?

Ante todo, que lo ayuden a vivir, a dar satisfacción a las múltiples apetencias de su espíritu, a abrirle perspectivas de conciliación que le permitan subsistir en medio de las fuerzas en conflicto que lo rodean; que lo acompañen a recuperar el sentido de su destino, esclareciéndole la visión de su devenir histórico, teniendo en cuenta la actual condición planetaria y cósmica de su existencia. Y si han de ser particularmente válidas para el hombre actual, que lo asistan en su tentativa de hacer paz entre naturaleza, hombre y máquina, o, lo que es lo mismo, a restablecer la armónica relación que otrora existiera entre el hombre y el universo, desquiciada por la aparición de esa fabulosa invención que es la máquina, la cual parece haberse vuelto contra su creador y convertido en una especie de Frankenstein impredecible e indomeñable. De ella, de la máquina, hay que decir que apremia la necesidad de situarla en el plano anclar que le corresponde para hacerla compatible con la vida humana. Porque, si es cierto que, de un lado, ella ha colmado al hombre de mágicos dones, también lo es que, por otro, le ha multiplicado su capacidad de destrucción, abriendo las compuertas de lo demencial para el genocidio o el ecocidio.

Pues bien, sólo cuando aquel anhelo se cumpla y se restablezca por ende la relación entre el hombre y el universo, "se restablecerá, como ha sido observado, la relación entre el hombre y Dios". Las consecuencias de ese proceso serán, a no dudarlo, incalculables para la inconformidad actual del hombre, diagnosticada, en lo radical, como proveniente de su aislamiento en presencia de la naturaleza y en presencia de Dios.

Aportes muy valiosos para la obtención de esa armónica ordenación entre naturaleza, hombre y máquina podrán hacer, dentro de un plan humanístico, las artes, la ciencia y la filosofía. Lo que se propone no es obviamente la yuxtaposición de estudios minuciosos en cada uno de estos campos del saber. Ello sería especialmente torpe e inconducente para la ciencia, tal como lo han puntualizado justamente grandes científicos al considerar que "se pierde mucho tiempo en hacer cosas que podrían ser útiles para un técnico o un historiador de la ciencia, pero que son innecesarias si se desea comprender, desde un punto de vista liberal, lo que es el espíritu científico". Así, lo recomendable es propiciar una apertura conjugada de las grandes conquistas del humanismo científico, las artes y el pensamiento filosófico. Sobre el particular existe, que sepamos, un diseño de mucho interés trazado por la incisiva inteligencia de Pedro Laín Entralgo.

Hay, finalmente, en la vida contemporánea, un asunto de la más honda repercusión sobre el cual las humanidades pueden ejercer influencia de mucha monta. Me refiero a la grave crisis que al presente parece atravesar la libertad humana.

Se ha dicho de esa crisis que comenzó a gestarse en el momento en que el liberalismo, hoy en trance de desaparición, introdujo la noción de que la libertad no era el resultado de la disciplina por la superación individual, sino algo que, desde fuera, se daba a cada uno. Las consecuencias de aquel invento se produjeron rápidamente. En una primera instancia, el último siglo suscitó el cuestionamiento de esa libertad, basándose en la tesis, a veces velada, de que la libertad no conduce a nada, de que con ella no hay nada qué hacer. Más tarde, y por la misma ladera, se desembocó finalmente en la atrofia que hoy sentimos que existe para el ejercicio de la auténtica libertad. Porque el hecho es que el hombre contemporáneo, cual si tuviese embotados sus resortes morales o se hallase incapacitado para la toma libre e individual de sus decisiones, parece desentenderse de ellas al delegarlas en otros: el estado, el partido, el comité, el computador, etc. Como se ha observado, esa "incapacidad de ser libre, unida a la miseria, permite comprender otro aspecto psicológico de la realidad actual: la enorme fuerza de atracción que al presente tienen todos los movimientos que revelan y estigmatizan el carácter ficticio de las instituciones, los que tienden de manera agresiva a destruir lo que está actualmente en vigor. Y lo tienen principalmente para el descontento de quienes no saben ir hasta el fondo de sí mismos". Este diagnóstico, hecho por Jaspers, termina así:

Ahí se hallan preparados los caminos para el deseo salvaje de destruir, para la voluntad de poder de los impotentes. Así se explica igualmente por qué crece la energía de una fe fanática en una salvación por venir, la necesidad de salvarse en una obediencia ciega.

Pero, se me dirá: ¿Y es que por acaso las humanidades guardan alguna relación con tan calamitoso estado de cosas? Habría que responder: una relación por contraste; la de ser ellas la mayor fuerza antagónica, la contraparte de esa crítica situación, ya que por su naturaleza misma — y allí su razón de ser — ellas se nutren, se sustentan y confunden en la afirmación de esa libertad que hoy se niega o delega. Veamos cómo las define Jacques Barzun:

Las humanidades forman un cuerpo de conocimientos. Esos conocimientos tratan acerca de la vida del hombre en la naturaleza y la sociedad y se adquieren a través del estudio de las creaciones espirituales del hombre: lenguaje, arte, historia, filosofía y religión. Esta decantación del tema, el hombre, produce el efecto de mantener siempre en primer plano el elemento de novedad, de singularidad o unicidad, de lo asombroso impredecible. En tanto que el estudio de la naturaleza asume y registra sus uniformidades, y el estudio científico de la sociedad intenta aprehender lo que es regular e inevitable, el estudio de la naturaleza y el hombre a través de las humanidades trata de lo que es individual, impar y anárquico. Sus hallazgos se relacionan con lo que no se conforma a regla, lo que no tiene duplicado, lo que no “se comporta” y simplemente es o actúa. Tal es el espectáculo espléndido y refrescante de las humanidades.

Desde luego, las humanidades que vengo describiendo, como lo ha puntualizado el mismo Barzun, no deben confundirse con las humanidades académicas que generalmente se imparten en las universidades, de las cuales se ha formulado la siguiente definición: un grupo de materias contrapuestas a las ciencias naturales y sociales, centradas en el estudio del arte y el pensamiento. Para marcar bien su separación de las ciencias se las coloca casi siempre en edificio aparte. El estudio y enseñanza de esas humanidades académicas es actividad reservada a profesores especializados, identificados en su eminencia con la palabra *scholar*, que muchos toman por sinónimo del vocablo humanista. Pero, a decir verdad, no todos los *scholars* merecen ese título. Algunos son ciertamente egregios humanistas; sin embargo, con penosa frecuencia se da el caso de profesores de las humanidades académicas que se distinguen por su carencia de creatividad y buen gusto, y, en ocasiones, aun por su falta de cultura, lo cual — hay que subrayarlo — en nada disminuye la enorme importancia de la función que cumplen como “organizadores del vasto legado de la civilización”. Porque, como se ha señalado,

sin la sostenida labor de los *scholars* de las humanidades no viviríamos hoy en una cultura plena de vigorosas y variadas tradiciones — nacionales, religiosas, artísticas, filosóficas, científicas y políticas; estaríamos escudriñando cosas en un cuarto de San Alejo lleno de reliquias incomprensibles.

Las humanidades de que hablamos tienen, pues, una intención particularmente formativa. Sin atribuirles poderes mágicos, ni garantizadas virtudes remediales, con ellas se aspira a crear un ámbito propicio, con su necesaria capacidad de incitación, para que, ahincados en el reconocimiento de la humana dignidad, inclinados, en reflexión, sobre nuestro mundo interior, nos adentremos alma arriba hasta las fuentes mismas del ser y el misterio de nuestro destino.

Y aquí, una observación final: no incluir en un plan humanístico la dimensión de lo humanitario y la consideración de la trascendencia sería incurrir en los desvíos de una desajustada perspectiva, sobre la cual nos previno desde hace siglos Aristóteles. Estas son sus palabras: "No proponer al nombre sino lo humano, es traicionar al hombre".

RAMÓN DE ZUBIRÍA

Universidad de Los Andes
Bogotá.